CARLOS V EN LA LITERATURA ITALIANA DE SU TIEMPO

POR

FRANCESCO UGOLINI

LARGA es la cosecha de testimonios, aunque hasta ahora no haya sido intentado el trabajo de recogerla y una valoración de su conjunto, que alrededor de Carlos V, de su figura y empresas más memorables y de más perdurable eco, puede ser espigada de los escritores italianos, literatos o poetas, que le fueron contemporáneos. Pero el significado de la mayor parte de estos testimonios no va, a lo sumo, sólo al de un conjunto de anécdotas que, incluso enriquecidas con el incentivo de la estatura histórica del personaje o reflejándola, no rebasara la pura ocasionalidad en que se generaron. Muchos de estos testimonios, es cierto, tienen un carácter encomiástico o celebrativo y reflejan estampas cortesanas o áulicas de la época, pero en otros, casi envés de la medalla de los primeros, ironía y desprecio se ostentan con respecto al hombre y a sus hechos, llegándose a veces incluso a la invectiva violenta o al liberalismo de la mera acusación infamante.

Grandes y grandísimos nombres de nuestra historia literaria llevaron la flor de sus elogios a Carlos V; bástenos recordar a los de Baltasar Castiglione, Ludovico Ariosto, el Trissino...

EN LA ÚLTIMA PARTE de *El Cortesano* se dice con términos proféticos y por boca del cardenal Bernardo Dovizi Da Bibiena, el único entre los interlocutores del pasaje que había conocido personalmente al príncipe jovencito, un admirable elogio del futuro emperador. Y que se trata de un elogio *post-eventum* queda claro por el hecho de que el párrafo no figura en el primer esbozo de la obra, marcadamente menos comprometido en la redacción que antecedió al original definitivo. Es todavía interesante ver la fascinación que emanaba de la persona del monarca apenas remontados los veinte años e incluso si la ficción literaria adjudica la opinión de Dovizi al príncipe aún niño:

> *Grandísima esperanza en su persona promete Don Carlos, Príncipe de España, el que no habiendo llegado al décimo año de su edad, demuestra ya tanto ingenio y tan ciertos indicios de bondad, prudencia, modestia, magnanimidad y cada una de las virtudes que, si el imperio de la cristiandad llega a sus manos, como se cree, puede también creerse que él oscurecerá el nombre de muchos emperadores antiguos y enturbiará la fama de todos los famosos que en este mundo han sido* (1).

(1) *El Cortesano*, libro IV, cap. XXXVIII.

Y Ludovico Ariosto, quien, durante el mes de noviembre de 1532, presenta en Mantua al Emperador, huésped a la sazón de los Gonzaga, un ejemplar de la última edición del *Orlando Furioso*, hace decir en el poema a Andrónica, personificadora de una de las virtudes cardinales, la Fortaleza, estos versos de una noble y sonante oratoria en celebración de sus nuevas conquistas universales y de las virtudes políticas del Soberano:

... e veggio i capitan di Carlo Quinto
dovunque vanno, aver per tutto vinto.

Hace la voluntad de Dios que el camino que conduzca a las nuevas tierras vaya a ser...

.... al tempo manifesta
che vorrà porre il mondo a monarchia
sotto il più saggio imperatore e giusto
che sia stato e sarà mai dopo Augusto.
Del sangue d'Austria e d'Aragon io veggio
nascer sul Reno alla sinistra riva
un principe, al valor del qual pareggio
nessun valor, di cui si parli e scriva.
Astrèa veggio per lui riposta in seggio
anzi di morta ritornata viva...

Astrea: la diosa de la Justicia. Sabiduría, justicia, valor militar. He aquí el perfil ariostesco de Carlos V.

Parece ser que en aquella ocasión mantuana Carlos V concedió al Ariosto un diploma, vecino ya el poeta al término de su vida, y que tal documento le calificaba de "poeta coronado". Otros cronistas aluden a una verdadera y realmente poética coronación, la que, incluso si no correspondiese a la verdad histórica, permanece para siempre como una hermosa leyenda noble y creadora para nosotros de un halo de invencible simpatía en torno a la imperial figura.

Gian Giorgio Trissino había trabajado "más de veinte años" en su poema *L'Italia liberata dai Gothi*, que, publicado en Roma y en mayo de 1547, fué dedicado "al clementísimo e invictísimo Emperador Carlos Quinto Máximo". Dos razones movieron al autor a este ofrecimiento: estar el poeta —la primera— allegado con su familia a la imperial parte desde antañones tiempos (así, recuerda Trissino "la antigua servidumbre" tenida, "con la feliz recordación de Maximiliano Emperador, antecesor de Carlos V, y siendo nuncio apostólico enviado por el Papa León a Su Majestad, por la cual fué muy honrado y admirablemente tratado); la segunda razón viene dada por la afinidad existente entre la grandeza de los personajes históricos cantados en el poema y la estatura del Emperador: "... es convenientísimo dedicar las memorias de Justiniano, el más virtuoso y digno

príncipe de aquellas edades... a Quinto Carlos Máximo (2), que es, parejamente, el más virtuoso y el más excelente príncipe que de entonces acá está en esa silla (o sea la imperial) sentado".

El paralelo con Justiniano induce al Trissino a un elogio ditirámbico y de felices augurios con respecto a las realizaciones políticas de Carlos V:

> *V. M. está dispuesta a enmendar los abusos y las torcidas interpretaciones de las leyes de la Cristiana Religión, ha liberado a Italia de Guerras, sustraído el Africa a las turcas manos, unido la Francia en amistad, enderezado la Alemania hasta reducirla al verdadero culto de la Iglesia Católica y, si Dios lo quiere, salvará aún el Asia y a la Cristiandad toda de la insidia de los otomanos, y así como Justiniano devolvió al Imperio la silla de la antigua Roma... así, queriéndolo Dios, V. M. le recabará la silla de la Roma Nueva, esto es, Constantinopla...*

Pero tanto más "maravillosas y estupendas" son para el Trissino las obras de Carlos cuanto que, mientras Justiniano se ayudó de un Belisario y de muchos ministros, "la Majestad vuestra las ha hecho casi todas con la sola presencia suya y con su persona misma".

Termina el escritor declarando que, mediante su poema, es posible que prenda en otros autores el estímulo de "escribir y celebrar los gloriosos hechos" del Emperador, así como que estos trabajos, si Carlos halla tiempo de leerlos, le proporcionen "delectación y utilidad".

Junto a estas grandilocuentes frases celebrativas de los poetas oficiales de alto rango, afloran de los bajos fondos de la literatura las despiadadas alusiones a cuanto de menos feliz pudiera haber en el aspecto físico de Carlos, las vagas malignidades de las antecámaras, los venenosos zurriagos del libelo infamador, la aversión, en fin, de los eternos. Revelan los archivos hasta qué punto abundan las relaciones de los diplomáticos italianos en maniobras destinadas a cosquillear curiosidades y proporcionar material de cháchara a los príncipes y los círculos que constituían el objetivo de aquellas comunicaciones. El que, queriendo representar con veracidad la figura física de Carlos V, cargaba la mano en su defecto del mentón, alude a que "ninguna parte de su cuerpo puede especialmente acusarse, si no es al mentón, o sea a todo el maxilar inferior, el cual es tan ancho y largo que no parece natural en aquel cuerpo, sino postizo, de lo que se sigue que no pudiendo la boca avenir a los dientes inferiores con los superiores..." Y quien esto afirmaba permitíase también pasar de inmediato a la relación de defectos mayores, desde luego muy gratuitamente y sin pararse demasiado en barras: "... ser en los placeres de no templada voluntad, puesto que por doquiera ha podido encontrársele con damas de grande y

(2) Obsérvese la tan clásica disposición del nombre y los atributos.

también de pequeña clase". Otros le atribuían una enfermedad espantable, la enfermedad de moda en el siglo XV. Así que cuando las más golosas de estas informaciones llegaban a oídos de cualquier aventurero de la pluma, se convertían en verdaderos expedientes de ofensa. Recogiendo una velada exclamación del Aretino, la sutil y perversa lengua de Nicolo Franco, no tuvo escrúpulos de dar a la imprenta en un *Pronóstico* de 1534, noticia y reproche de la supuesta incestuosa relación de Carlos con la hermana de su mujer, Isabel, Beatriz de Portugal:

Non ti piace d'aver presso diletto
con la cognata?

acusándose al soberano, "en apariencia sobio y mudo", de especiales inclinaciones hacia las muchachas jovencísimas, insultándole trivialmente, en fin, como a rey y como a hombre:

Per conoscere Carlo, alle sue scorte
guardisi poi, perché gli fan la via
la Vanagloria con la Tirannia
che ha per insegna le mascelle torte.

Incluso el detalle de *le mascelle torte,* la mandíbula torcida, es aretinesco, y basta recordar aquel otro *Pronóstico* en que el Aretino designa al Emperador como a la "mandibulada Majestad" e insiste más y más veces sobre esta peculiar anomalía de su semblante.

Ciertamente, tal desenfreno en el tono y un lenguaje de tal modo insolente, desatados en los ataques contra la persona de Carlos, constituyen lo que podría definir un caso-límite. Muy a menudo es la pasión de tipo antiimperial y antiespañol la que dicta las líneas donde se pretende vituperar juntamente al hombre y a su política, en cuyo aspecto no sería nada infructuoso investigar el amplio sector literario de los escritores menores, de los oscuros. Citaré con gusto, por el sincero ardor de patria que lo anima, el soneto de un rimador de Módena, Gandolfo Porrino, quien elogiando el valor de "la flor de Italia" al pasajero restablecimiento de una firmeza militar, comprometida ya en Viena ante las huestes de Solimán en 1532, y exaltando la intervención en aquellos hechos de armas de un gentil hombre italiano, calificaba al desmemoriado y no agradecido Emperador, salvado, en opinión del poeta, de aquella desgracia (precisamente italiana) de...

tirano avaro et empio (3).

Carácter menos ocasional, significación menos parcial y circunscrita, asumen las referencias a Carlos V en los escritos de Pietro Aretino y de Paolo Giovio, ingenios y temperamentos que en tantos detalles coincidieron. No sólo las experiencias personales de los dos grandes

(3) Croce, págs. 296-97.

periodistas del quinientos con el Soberano están documentadas con relativa amplitud y se prolongaron en muchas ocasiones, sino que sus desarrollos y configuración diversa presentan un interés por lo histórico mayor que el de la pura y simple curiosidad. En menor medida, si se quiere, reza esto para Aretino, cuyas convivencias con el Emperador únicamente ofrecen materia para trazar un edificante —o poco edificante— cuadro de la moralidad del hombre y de su época, con aspectos siempre apreciables por la sinceridad con que se producen. Para el Giovio, la medida de este contenido histórico es mucho mayor, puesto que, sea cual sea el juicio crítico que quiera aplicarse a su obra, no cabe ignorar el mérito de su asidua dedicación a recolectar noticias de primera mano ni su constancia de ávido solicitante de informes de las más varias fuentes, cuyos datos y noticias son preciosos con frecuencia al investigador moderno.

Refiriéndonos primero al Aretino, diremos que las relaciones entre el que fué enfáticamente llamado el Látigo de los Príncipes y Carlos V pueden ser perfectamente reconstruídas por la lectura del Epistolario aretinesco y las advertencias que pueden aducirse aquí y allá de entre la vasta producción del autor. Es preciso, a nuestra vez, advertir que todas esas advertencias giran en torno a una exclusiva cuestión de sueldo o, con la terminología de la época, de pensión.

En los primeros tiempos de su época veneciana, el Aretino observaba una actitud anticesárea y antipapal. No es que se afirmase en una posición decididamente francófila, pero también es cierto que sus dardos contra Francisco I y su política eran claramente romos con respecto a los que lanzó el poeta sobre el Pontífice y sobre Carlos V. Incluso en el *Pronóstico Satírico* de 1534 —tan bellamente ilustrado por Luzio—, mientras el Aretino elogia al rey francés y predice bienes sobre su política (4), no ahorra las más venenosas insinuaciones con respecto al Emperador; en aquella prosa, toda alusiones, descubrimos en sustancia y sutilmente elaborados —mucho más corrosivos, por consiguiente— todos los elementos de los que luego se sirvieron tan a lo tosco Nicolo Franco y los popularistas antes aludidos.

A partir de 1536 el Aretino se manifiesta abiertamente de parte de Carlos y de su imperial favor, cuyo entusiasmo corresponde a la regularidad de percepción por parte del poeta de la pensión anual cifrada en doscientos escudos de oro que, con privilegio firmado el 25 de junio de ese año, le concede el Soberano español. Esta recompensa se juzgó muy mal en los ambientes venecianos, más dispuestos quizá a

(4) Perduraba aún el benéfico efecto del espléndido regalo, un famoso collar de oro, con que el rey Francisco obsequió al Aretino en junio de 1533.

solazarse con las insolencias anteriores, y su adjudicación trató de explicarse públicamente mediante la creencia en un temor de Carlos V a que el Aretino insistiese en la divulgación y sátira de los amores del Emperador y su cuñada. Pero se infiere del Epistolario que esta pensión tardó muchas veces, durante años en ocasiones, en llegar a las manos de su destinatario, y que el Aretino la reclamó una vez y otra, incluso con amenazas. Su efecto, empero, funcionó ya siempre, puesto que hasta el final de sus días mantiene Pietro Aretino su obsequiosidad para con el César. Por lo que toca a éste, el mantenimiento de tan buenas relaciones con el poeta puede considerarse como una pequeña obra maestra política del Emperador. Surge una vez y otra, en las cartas de Aretino, el recuerdo de su encuentro con Carlos, memorable para el primero, y ocurrido en Peschiera durante el año de gracia de 1543. Allí honró Carlos al escritor, haciéndolo cabalgar a su derecha, y el gesto imperial afectó hondamente la fantasía de Aretino, quien se vió de ese modo claramente añadido a la admiración de toda la corte. Pero Carlos V tenía buena memoria y, hurgando en la humana vanidad, mantenía vivo para siempre el buen efecto del lance. Si en verdad el Aretino ha descrito fielmente los detalles del encuentro y los coloquios con que se entretuvieron el Emperador y él, es necesario reconocer que Carlos, con diplomática habilidad, suscitó una a una las malignidades que habían alimentado los libelos de años atrás, a fin de combatirlas sagazmente.

La acusación de avaricia quedaba ya bien cancelada mediante la concesión de la pensión generosa. Pero, ¿qué más había dicho el Aretino? Había dicho que Carlos era físicamente deforme, y de aquí que el Emperador bromease con él acerca de la fealdad, en un rasgo de gran señor:

> *Yo no soy hermoso por naturaleza, y por lo tanto me siento agradecido al que con mayores fealdades me retrata, puesto que quien me vea luego, al cargar la diferencia a mi favor, no sentirá tanto disgusto.*

Algo más. El Aretino había insinuado que Carlos ocultaba amores extraconyugales, y la acusación velada recaía precisamente sobre Isabel de Portugal. ¿Cómo? ¿Sobre aquella mujer angelical a quien el Emperador, siempre fiel a la memoria de su esposa, recordaba con los ojos bañados en lágrimas? Y el Aretino acabará escribiendo: "S. M. guarda fijada en su corazón la santa melancolía matrimonial..."

Quedaba, en fin, la alusión a sus alardeadas glorias militares, y Carlos V habla al Aretino de "la empresa tremenda de Argel" y tiene una salida llena de humanidad y orgullo:

¿Para qué quería yo vivir si en tal hecho murió tanta gente, y tan mía que a casi toda ella la ayudé yo mismo a subir a las naves?

Si el Aretino ha contado aquí toda la verdad y no ha pretendido cantar la palinodia, es ésta página ideal para un perfil de Carlos V en que se proponga toda la compleja psicología del monarca. Por fin, y con una ironía que acaso el propio poeta no llegó a advertir, al recitar Pietro un desabrido pasaje poético, vano y adulador —que es, por cierto, una de las más flojas composiciones aretinescas— el Emperador tuvo la siguiente felicísima frase:

Duélome de ser hombre idiota, y no por más sino por no entender esto según sus méritos,

lección por todo digna de un gran señor y de un magnífico diplomático. El resto de los testimonios aretinescos con respecto a Carlos es ya puro incienso y vanidad; no hay por qué detenerse en ello.

De las relaciones entre el Giovio y Carlos V quedan testimonios de muy gran relieve en el rico haber literario del Obispo de Nocera. Es justamente célebre, por ejemplo, la página de las *Historias* (5), donde el Giovio delinea, en un áureo latín humanístico, el espléndido retrato del Emperador en sus treinta años y en toda su juvenil madurez, el Carlos V del encuentro de Bolonia. De las cualidades morales del monarca y de su dominio sobre sí mismo, escribe el Giovio en el Libro XXX.

Con cuantas prendas se dan en el Emperador, su naturaleza nunca se vió alterada por los lances adversos. Gran equidad, rara modestia, singular paciencia hay en él, de manera que con grandeza tanta, ni por juicio ni palabras salió nunca de él cosa repentina o insolente.

Elogio de acento tan sonoro y grandilocuente que un comentarista no pudo contenerse, y, acaso para mitigar en parte su efecto en el lector, anotó en el margen de la edición veneciana de 1560: "Véase cómo el Emperador está siempre asistido de raras y singularísimas alabanzas de Giovio, *acaso un tanto parciales.*"

En prueba de su ánimo de "fiel servidor" ofrece el Giovio a Carlos V, en 1531, el libreto del *Comentario de le cose de Turchi*, y en cuya dedicatoria se anuncia ya la publicación de la crónica latina "a laude di Dio et gloria perpetua di V. M. et di vostri Avi". ¡Y con qué satisfacción aludía el escritor a esta incitantes palabras del soberano!:

Es menester, Giovio, que os dispongáis a escribir pronto en las Historias *las cosas recién sucedidas, porque con este movimiento de armas se os ponen ya delante muchas y nuevas fatigas y trabajos.*

(5) *Historiæ*, libro XXVII.

Por lo demás, "de cuanto la historiografía española y en especial la de Carlos V" deben a este italiano, ya quedó bien de manifiesto en la pluma de Alfredo Morel-Fatio, a quien tanto se debe, a su vez, la rehabilitación moral del Giovio. Pero advertía Morel-Fatio que el terreno no queda explorado lo suficientemente, y que aún quedaba mucho que hablar y escribir al respecto.

"Quelque pillé qu'ait eté déjà son basage historique, il y reste pour qui saurait s' y prende, beaucoup à glaner." Pero se subraya al mismo tiempo que la falta de una buena edición moderna, provista de índices y referencias cronológicas a las que añadir cuanto de inédito debe aún quedarnos en las bibliotecas italianas, era el mayor obstáculo para una más profunda valoración del magnífico material acumulado por el Obispo de Nocera a lo largo de toda su vida.

Morel-Fatio no se ocultaba la dificultad de llegar a realizar un programa cuyos objetivos precisó con toda claridad, y, en efecto, desde 1913, fecha de su fundamental ensayo sobre la *Historiagraphie de Charles V,* primera pieza de una proyectada serie de tres volúmenes, todo ha permanecido sin mudanza. Es hoy cuando comienza a llenarse este vacío. Han aparecido recientemente dos primeros volúmenes de la *Opera Omnia* del Giovio, que recogen en ordenada sucesión cronológica todas sus "Cartas", justamente la parte de su actividad de la que era lógico esperar, por la abundancia de material inédito, mayores novedades. Es una edición recentísima (6), preparada durante largos años de búsqueda por el investigador italiano Giuseppe Guido Ferrero, que ha dedicado mucho tiempo y muchos desvelos a la difícil empresa. La importancia de poder tener —¡al fin!— a mano toda la obra superviviente del Giovio, que cubre casi cinco lustros de uno de los períodos más agitados y complejos de la historia de Europa (7), podría ser materia de amplios y fructuosos razonamientos. Junto al notabilísimo y estudiadísimo Giovio mayor, quizá más memorialista que historiador en el sentido moderno de la palabra, junto al Giovio del anecdotario que con feliz adjetivación llamó "grandioso" Croce, hay un Giovio menor, revelado en las cartas como en ningún otro escrito suyo, sobre todo en aquéllas de más reservado carácter y no destinadas a su publicación; un Giovio siempre cauto y dueño de sí, pero sin prejuicios, mordaz y cáustico en la expresión, en los detalles, de mil ardides y secretos. En fin, tenemos el doble fondo de las *Historiae,* manifestándonos con muchos episodios, referencias, sabrosas minucias que la solemnidad de las prosas áulicas imponía abandonar.

---

(6) El volumen I apareció en 1956; el segundo, publicado hace muy pocos meses, en este mismo 1958.

(7) Es decir, de 1514 a 1552, año de la muerte de Paolo Giovio.

No es mi intención discurrir ahora sobre las mejoras que un filólogo pudiera aportar ahora a la comprensión de las cartas giovianas. Tal propósito requeriría para sí otro trabajo, y ni siquiera, dados los límites espaciales, puedo reseñar ordenadamente las abundantes noticias que de la parte, hasta ahora inédita, del Epistolario es posible espigar en torno a Carlos V y al Giovio. Me limitaré, pues, a dar ejemplos de la importancia que tiene este aspecto de las cartas, extrayendo de ellas los detalles que más puedan servir de integración y complemento a las páginas de Morel-Fatio y dando la preferencia a lances y sucesos que tienen al Emperador como protagonista directo o indirecto.

En primer lugar, la lectura cronológicamente ordenada de las *Cartas,* permite la definitiva aclaración del enigma de "la mula coja".

Como es sabido, y en una de sus famosas cartas a Rodolfo Pio Di Carpi, Obispo de Faenza y Nuncio en Francia, el Giovio describe al detalle su encuentro con Carlos V. La carta está fechada en Nápoles el 12 de diciembre de 1535, y dice: "estoy seguro de que le gustará mucho mi *Historia,* según la he mostrado a Granvella y a los doctos. Yo espero que me llegue *la mula coja,* pero sin ella también querría servirle de corazón y blandir para él mi pluma GRATIS".

Luego, en una carta dirigida desde Roma también a Rodolfo Pio Di Carpi, y fechada seis días más tarde de la antecitada, anota: "Su Majestad me tuvo buen semblante y habló largo y tendido de las cosas de Túnez, las que recuerda muy bien; tengo para mí que le agradaría la carne de alondra... *e se ne vorrà in carta pergamena, vorró prima cavalcare UNA MULA ZOPPA...* De lo contrario, dejaré el trabajo a un *frate noviter* tenido por cronista de Su Majestad, el cual la escribe en español y en latín refectorial" (8).

¿Qué significan las frases "esperar la mula coja", "cabalgar una mula coja"? Morel-Fatio lo interpreta así, deduciendo del significado general: "recevoir un petit présent". Pero se trataba, sin duda, de algo más que un pequeño regalo: era la petición de una recompensa, de una pensión concretamente, que ya algún año antes había sido diligenciada por Giovio al monarca y que, según Sepúlveda, éste había negado al historiador. La interpretación es segura, puesto que en la carta del 28 de diciembre escribe Giovio: "Agasajo aquí al Reverendísimo De Bellai y espero de él la mula coja", mientras que en otra carta, romana, del 20 de agosto del mismo 1535, explica mejor de qué se trata. "He escrito una perfumada y no *empapelante* (9) misiva al

(8) Aludía despectivamente al P. Antonio de Guevara.

(9) Es decir, no polémica. Pero no encontramos un vocablo español que pueda sustituir al que hemos usado, "empapelante", con mayor o igual expresividad.—*N. del T.*

Cardenal De Bellai a fin de que me recomiende al Rey y a Lorena para la pensión". Pensión que le fué concedida al fin por el Rey de Francia y previos trámites del Cardenal de Lorena, según deducimos de una carta anterior del 31 de mayo, y a cuya pensión alude aún en otra carta, muy posterior, del 14 de diciembre de 1546.

El filólogo debería explicar ahora, naturalmente, el porqué de la caprichosa denominación de "la mula coja". Puede conjeturarse, mediante una detenida comparación con expresiones análogas, que el adjetivo *cojo* se adaptaba bien a las pensiones que tradicionalmente tardaban en ser percibidas, pero el motivo que la pensión fuese tan jocosamente llamada *mula* no sabría realmente explicarlo; acaso, aunque no aventuro más que una mera hipótesis, porque uno de los regalos habituales a un eclesiástico era el de cabalgaduras seguras y tranquilas, como precisamente lo son los mulos.

Y en una carta también dirigida a Rodolfo Pio Di Carpi (10), junto a nu nuevo requerimiento acerca del pago de la pensión francesa, existe una alusión al Aretino, el cual —¡dichoso él!— "es segurísimo que ha obtenido una fuerte pensión con cargo al Estado de Milán", concedida por Carlos el César. En un punto, nuestra información rectifica y amplía la de Morel-Fatio, quien insistía en el hecho de que, como el Giovio no pudo obtener el título de cronista oficial de Carlos V, también su aspiración a una pensión de España debió venirse abajo. Error: el Giovio debía ser un terco y metódico solicitante, y a la larga obtuvo su deseo. En el Epistolario damos con huellas (11) de cierta pensión de Pamplona, que don Pedro Pacheco, el futuro Cardenal, se resiste a pagarle:

> "... *lo que me parece cosa extraña y muy distante de la voluntad de Su Cesárea Majestad, la cual me concedió esta pensión... para que pudiese dedicarme más desembarazadamente a escribir los gloriosos hechos de S. M.*"

La pensión es todavía recordada, el 28 de octubre de 1543, en las *Cartas*, y su pago es asimismo requerido aquel año.

La "mula coja" había llegado por fin desde España. Y el Giovio, que llegado al término de su vida, escribía en una carta del año mismo de su muerte *il denaio est hodie sanguis secundus*, podía darse por satisfecho.

El conjunto de las entrevistas personales de nuestro memorialista con Carlos V, reseñado ya por Morel-Fatio, puede enriquecerse aún con este nuevo dato: cuando Pablo III se vió en Lucca, y en septiem-

(10) El 10 de diciembre de 1536.
(11) Vid. cartas del 20 de junio y el 14 de octubre de 1540.

bre de 1541, con el Emperador, el Giovio estaba presente en el séquito pontifical del Cardenal Farnesio. Así lo relata al Pio Di Carpi:

> *Bajando las escaleras Su Santidad para ir a ver al César, me ha pedido opinión... (acerca de la proyectada empresa de Argel).*

El Giovio censura la obstinación de intentar la campaña, sobre cuyo éxito era pesimista. Los hechos le dieron la razón: en otras dos cartas, hasta ahora inéditas, vuelve el recuerdo de la "tragedia" de Argel. En la primera, del 5 de diciembre de 1541, describe el Giovio a Esteban Colonna algunos pormenores del desastre; y en la segunda, del 2 de junio de 1542, dirigiéndose al Nuncio en la Corte española, Giovanni Poggio, invita a éste cortesanamente a alentar al César en su nombre:

> *Dígale que yo escribo el asunto de Argel en el que, incluso desdichado como es, será más glorioso para Su Majestad que la victoria de Túnez; porque en ésta tomó parte cada soldado, y en aquél, según voz de todos, nadie mereció alabanzas, excepto Su Majestad.*

El Giovio gustaba de ver revalidado por los hechos su intuitivo sentido político, pero temía al mismo tiempo las posibles interpretaciones de estas actitudes y profecías suyas. Un gustoso episodio al respecto aparece en una carta del 14 de diciembre de 1546 al Obispo Dandino, Nuncio en Francia. En julio, el Giovio había previsto que el Langrave asaltaría el campo imperial, y la cumplida predicción le valió la fama de "langraviano". Pero existía aún otro precedente: el año anterior había dicho el Giovio que nunca jamás cedería el Emperador el Estado de Milán, lo cual, referido luego al César, provocó entre él y algunos cortesanos el siguiente fogueo fraseológico:

> *Su Cesárea Majestad dijo: Yo querría saber el motivo que mueve a Giovio a decir eso —Monfalconetto respondió que es que yo era francés—. Y el Castaldo dijo: Stà più in sù Monna Luna..*

Comentaba después el Giovio con este Castaldo, puesto de moda por el Aretino: "Señor mío, *veritas odium parit...*" La expresión *Stà più in sú Monna Luna* (está más alta la Señora Luna) equivale a *No das una; estás fuera de pista.*

Causa un cierto efecto sorprender al elegantísimo y acicalado Giovio de las *Historiae Sui Temporis*, usando abundantemente términos y nombrecillos de tipo populachero. En sus *Cartas*, el Rey de Francia es familiarmente llamado *Ciegón*, y ni siquiera Carlos V se escapa de tales terminologías. Con gran frecuencia, el nombre del César es acompañado por el curioso apelativo de "cimadarosto", "felice cimadarosto" y, con clara alusión al carácter del soberano, "cima d'arrostro freddo". La locución falta en los diccionarios italianos, pero el bilingüe del seis-

cientos, y hecho por Oudin en italiano y francés, revela su significado: "*Cimarosto* est le meilleur morceau d'une piece de rosty, le morceau friand..." El Giovio la usa en jocosa traslación para decir "lo mejor, el mejor".

Pero éste es un Giovio en zapatillas; el Giovio que escribe como discurre, con salacidad y aun, si queremos, con cierta tosquedad y pesadez de vocabulario. Sin embargo, de vez en vez la página se ilumina: un apunte, un detalle, algo que el hombre ha sorprendido y que le repone en la línea visual más adecuada a su talento. Hay en una de estas cartas, alusivas a Carlos, un trozo donde se revela cierto particular inédito de la religiosidad y la espiritualidad del Emperador:

> *Tengo al César por justo y cristiano y le ví con mis ojos lavarles los pies a los pobres en Roma.*

Carlos V en el esplendor de la púrpura imperial, que, arrodillado, limpia los pies de los mendigos romanos; esta imagen casi simbólica que muestra al más grande de entre los mortales de su tiempo empeñado en una humilde obra de cristiana misericordia, me parece que puede dar digno fin al retrato de Carlos V, según lo vieron los mayores escritores italianos de su tiempo.

(Versión castellana de Fernando Quiñones.)

Francesco Ugolini.
Via Francesco Squarcialupo, 19-A.
ROMA